

Nadie puede servir a dos amos

Domingo XXV T. Ordinario. Ciclo C
Am 8, 4-7; Sal 112, 1-8; 1Tm 2, 1-8; Lc 16, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Un hombre rico tenía un administrador y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: ¿Qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido. Se puso a pensar y echar cálculos: ¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? ...

Y el amo felicitó al servidor infiel, por proceder con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más sagaces en sus actitudes que los hijos de la luz. Y yo os digo: Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo pequeño, también lo es en lo importante. Si, pues, no habéis sido fieles en la riqueza mal allegada, ¿quién os confiará los bienes verdaderos? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro?

Ningún criado puede servir a dos amos, aborrecerá a uno y amará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero».

El profeta de Amós clama: «Escuchad esto, los que exprimís al pobre, despojáis a los miserables, ... Disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, ...» (8,47).

Amós, de oficio ganadero, nace en Tecua, localidad no lejana de Jerusalén. Llamado por Dios a la vocación profética, desarrolla su ardua misión no en su reino, sino en el del Norte, Israel, donde gobernaba por entonces Jeroboán II (787-747). Los dos reinos, el del N. y el del S. gozaban de estabilidad política y prosperidad económica, pero la riqueza no estaba bien distribuida; las abismales diferencias económicas provocan intolerables injusticias; los tribunales de justicia son un puro simulacro en manos del poderoso: "...aceptáis sobornos, atropelláis a los pobres en el tribunal" (5,12). Sólo se vive por el dinero haciendo caso omiso de la solidaridad y hermandad (8,4-6).

La voz de Amós, una de las más radicales y duras del A. T., vino a anunciar a la sociedad opulenta y poderosa de adormecida conciencia, que las escandalosas diferencias entre pobres y ricos eran totalmente injustas y contrarias a la voluntad divina; su religión convertida en un tranquilizador, es detestable para Yahvé. Su palabra cayó implacable, como el rugido de un león (Am 1,2; 3,8), como una señal de guerra (Am 2,14-16; 8,1-3) sobre aquella sociedad marcada por la opresión, la injusticia social, la indiferencia hacia los más pobres y la manipulación religiosa. En el texto, lanza un vigoroso ataque contra las clases más ricas que "aplantan al pobre y tratan de eliminar a la gente humilde.

Amós insiste desde el principio en la necesidad de moralizar el culto, que es unir el culto a Dios y la práctica de la justicia a los hombres. El profeta denuncia las contradicciones grotescas: esperan impacientes que transcurran los días santos para volver a sus negocios y a sus trampas; sus reflexiones desenmascaran esta codicia, que busca el provecho a costa de lo que sea y de quien sea; el pobre, en las garras de estos chacales, se convierte en objeto de transacciones comerciales: el débil vendido por dinero y estafado en los tribunales por un par de sandalias. Ejercen el culto como instrumento externo, pero evaden sujetar toda su vida a las exigencias de Dios; la conducta moral se convierte en práctica vacía de la religión; han hecho de la institución religiosa una práctica fosilizada y absolutizada, convertida en fin de sí misma, que representa la muerte de toda vida, por hacer de ella un medio mecánico y fácilmente a mano para conseguir una cómoda autoseguridad.

Y a esta corrompida sociedad le gusta enormemente el culto y, por eso, multiplica sus sacrificios, culto sin moral, sacrificios sin contenido religioso. Por eso, el profeta grita: "detesto y rehúso vuestras fiestas... retirad de mi presencia el barullo de los cantos..." (5,21-23); el profeta da más importancia a la vida ética que al culto: "que fluya como agua el derecho y la justicia como arroyo perenne" (5,24).

Salmo responsorial insta: «*Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor. Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo*» (112,1-8).

La segunda lectura de la primera carta a Timoteo dice: «*Te ruego, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, ... Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*» (1Tim 2,1-8).

San Pablo es el gran maestro de la vida cristiana, de la oración y de la fe; ha mostrado como nadie la riqueza del camino interior del cristiano. El mismo hoy se dice el "anunciador y apóstol, maestro en la fe y verdad".

La perícopa es una pequeña ordenación del culto en la comunidad cristiana; estas guías disciplinares son consecuencia del gran principio teológico anunciado y subrayado por Pablo, sobre voluntad salvífica universal: Dios quiere la salvación de todos los hombres.

San Pablo da instrucciones a Timoteo sobre la oración litúrgica. La comunidad cristiana debe orar, ante todo, "por todos los hombres", pues universal es la Iglesia; es la voluntad de salvación de Dios y la mediación salvadora de Cristo, "que se entregó a sí mismo para redimir a todos". Habla de la oración de intercesión universal. Saliendo de nuestra pequeña realidad, debemos mirar a la humanidad entera, "por todos los hombres", y incluso las autoridades. Lo que Dios quiere es la colaboración de los creyentes en la gran tarea de la salvación, convirtiéndonos en cierta medida en mediadores de esta obra redentora. Esta es la misión universal de la Iglesia la de anunciar a todos la salvación y de preparar el camino, siendo solidarios con Cristo, que se entregó generosamente, para salvar a todos los hombres. Orando por los hombres preparamos el terreno por el efecto de la gracia de Dios, que siempre se derrama en abundancia sobre el mundo, perpetuándose así la obra de Cristo, salvador universal.

Resulta importante, en este texto, la mención explícita de la oración de la Iglesia por los políticos y los jefes de estado, que, sustentando el peso de las decisiones políticas del mundo, han de actuar en el marco de la gracia de Cristo y del Reino de Dios en el decurso de la historia humana.

El santo evangelio según San Lucas (16,1-13), con esta difícil y extraña parábola, propia de San Lucas, enseña que los discípulos de Jesucristo siempre han de llevar una conducta prudente, astuta, creativa e inteligente, a fin "administrar" sabiamente las riquezas y valores del evangelio. Los hijos de la luz, desechando la esclavitud y la idolatría del dinero, deben practicar la justicia y vivir la fe de modo intrépido luchando contra la opresión de la riqueza, en solidaridad con las víctimas del poder y trabajar por el reparto justo de los bienes de este mundo. "Conocer a Dios es practicar la justicia", sin su práctica ningún conocimiento, ningún acto piadoso enlaza verdaderamente con Dios, sea cual fuere su formulación. El entronque con Dios se produce únicamente en el amor hacia el necesitado; oprimirlo y consentir su miseria es ignorar realmente a Dios (Mt 25).

Siempre esta parábola ha presentado una interpretación complicada. El siervo corrupto, en su reflexión, adopta una solución sagaz. Quedando bien ante los deudores de su amo, busca nuevos protectores. En el mundo antiguo, el administrador era a veces un esclavo nacido en la casa de su dueño y educado para este menester. Actuaba en nombre del dueño en toda clase de transacciones comerciales y económicas. Este no roba. No rebaja las cantidades que adeudan a su amo, sino, la comisión que a él le correspondía percibir; comisión que, junto al débito, figuraba en el documento mercantil. El sueldo de un administrador no era una nómina

invariable e independiente de lo administrado, sino un tanto por ciento, estipulado, según los casos, de todo el capital. Por eso, hace recibos nuevos en los que no consta su parte. De esta forma, el elogio recae sobre la capacidad de renuncia a lo que legalmente le corresponde como administrador en vistas a un beneficio futuro: un nuevo puesto de trabajo; renuncia a lo que es suyo para ganarse amigos que, en justa compensación, le ayuden, cuando él se encuentre en necesidad económica tras el despido. Esta es la cuestión que ven algunos comentaristas al examinar los documentos comerciales de la antigüedad. Se trata de una cesión de su parte, calificada de inteligente y, como tal, alabada expresamente por el amo. Lo que más sorprende y extraña es el elogio del dueño, que no alaba una ilegalidad e incorrección cometidas, sino la salida astuta que toma su pillería, para resolver la dificultad de su destitución.

La propia narración deja claro que Jesús no elogia directamente al gerente; el que elogia es el patrón de la parábola, quien, en ese momento, no piensa en sus intereses ni en la moralidad del sirviente, sino, solamente, en la habilidad y la argucia que, con ingenio, emplea en el trance desesperado. La parábola no es ni una crítica al mal uso de la riqueza ni la aprobación de una estafa. Para algunos exegetas, es sólo un elogio de la astucia, de la actitud del hábil intendente que prevé y sabe negociar en su desgracia. Se propone a modo de ejemplo su agudeza, el saber emplear, con previsión, el dinero que administra. Con ello, resulta más clara la aplicación a los hijos de la luz: Las exigencias del Reino exigen actuar también con astucia; hay que saber renunciar a las cosas materiales, para conseguir unas prebendas de superior cuantía. Con frecuencia, el dinero gana el corazón del hombre, compite con Dios y, no pocas veces, lo desplaza a Él y al prójimo. También en otras muchas, laicos y sacerdotes se muestran hábiles al utilizar los recursos de la tierra y los saben poner al servicio de los más pobres y desechados. ¿Qué les hace vivir en este frío mundo, con la intuición y agudeza de impartir generosidad y desprendimiento?

Esta es la decisión que Jesús pide al que emprende el camino del evangelio. Pero la astucia del discípulo de Jesús no consiste en prepararse una salida airosa en lo económico, sino en renunciar a las rentas terrenas para entrar en el reino de Dios. *El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho*; dejar las ganancias terrenas, por el reino, es la lucidez evangélica que pide Jesús. Palabras claras para actitudes valientes. El discípulo desecha los dineros y pone su confianza en Jesús y su palabra. Aceptar las promesas de Jesús exige el abandono del dinero traidor. Comprender esto precisa la fuerza de Dios y la sabiduría de establecer unas categorías diferentes a las de esta sociedad descreída e idólatra de Mammón -palabra aramea de origen fenicio, significa "riqueza injusta"- que envilece al hombre y lo esclaviza. Ante Dios, el dinero es un dios falso; puede convertirse en un obstáculo teológico de una gravedad extrema. El dinero obstruye el acercamiento y el encuentro con Dios. En una sociedad de opresión económica, como la actual (cf. Am 8,4-7), no se acepta este lenguaje.

Jesús, en esta enseñanza, pide a sus discípulos la renuncia al dinero para granjearse la amistad con Dios. La posición de Jesús es taxativa. De ahí, su lapidaria frase conclusiva: "No podéis servir a Dios y al dinero". Dios y el dinero son amos antagónicos, irreconciliables. Se disputan la obediencia del hombre. No hay intermedio; se ha de optar por uno u otro. Servir a Dios es rechazar la riqueza de abajo y despegar el corazón, para ganar la de arriba. La elección de servir a Dios conlleva la auténtica libertad del hombre; la de Mammón, la esclavitud en la lógica del provecho, de la competencia por la ambición. Caminar en cristiano es apreciar más a Dios y a los demás que al dinero. El lenguaje de Jesús es gráfico, agresivo, contundente: "Ganaos a Dios", "atesorad en el cielo".

El significado del texto es en realidad muy sencillo: Jesús invita al discípulo a vivir desprendido del dinero, tomar un estilo evangélico. "Ser fieles en lo mucho" significa dar los propios bienes a los pobres, con esa fidelidad que hace posible esperar la "verdadera riqueza", provista en la escatología del Reino. Define a los suyos el abandono de todo, para poder seguirlo (Lc 14,33). La frase metafórica de Jesús afirma que, después de la muerte, quien ha dado con generosidad a los pobres, será acogido en la comunión con Dios. Es abrazar la pobreza por Dios; usar el dinero para funciones mayores y distribuirlo de tal modo que nos abra las puertas eternas (Lc 6,29-30; 12,33; 6,34-35). El mundo que tiembla aterido por el

hambre y la enfermedad, grita y clama por el justo reparto de la riqueza que pertenece a todos y no a unos cuantos listos.

En la sociedad opulenta y poderosa de adormecida la conciencia, las escandalosas diferencias entre pobres y ricos son totalmente injustas y contrarias a la voluntad divina.

Camilo Valverde Mudarra